

decir, que nos comprometamos más a «difundir la llamada a la santidad en el mundo, a través de la santificación del trabajo y de los compromisos familiares y sociales» (Motu proprio *Ad charisma tuendum*).

Mi última pregunta es sobre el Sínodo de los Obispos. ¿Qué contribución espera de los miembros de la Obra en este proceso?

La primera contribución es la oración por el Sínodo y, por oración, entiendo también el cumplimiento de los deberes cotidianos, realizados lo más perfectamente posible dentro de las personales limitaciones personales. Junto a esto, son numerosas las personas del Opus Dei que se han implicado participando en las diversas etapas del proceso sinodal, especialmente en los niveles diocesanos y nacionales. Además, se procura sintonizar con el deseo profundo del Papa para el Sínodo, es decir, mostrar que la responsabilidad de sacar adelante la Iglesia no es exclusiva de los obispos, los sacerdotes o los religiosos, sino de cada uno y cada una de los bautizados, “caminando juntos”. A todos corresponde la misión evangelizadora y la búsqueda de la santidad personal, cada uno con sus personales y limitadas posibilidades.

[Volver al índice](#)

Discursos

En el acto de apertura de curso, Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma), 3 de octubre de 2023

Al comienzo de un nuevo año académico es lógico mirar con entusiasmo y esperanza el futuro. El entusiasmo es la actitud propia de quien se embarca en un nuevo camino o una nueva etapa. La meta, evidentemente, no es solo la conclusión del año o la superación de los exámenes, sino el crecimiento integral de toda la comunidad académica en

términos de conocimiento, de investigación científica y de interacción con otras realidades académicas, eclesiales o civiles.

Al mismo tiempo, quien emprende un nuevo camino sabe que en él encontrará dificultades. Por eso es necesario alimentar la esperanza, que es una espera llena de confianza en la realización de los planes de Dios.

Estas dos actitudes —entusiasmo y esperanza— serán necesarias para los grandes desafíos que aguardan a nuestra comunidad académica en este próximo año, y también a cada uno de nosotros en cuanto miembros del Pueblo de Dios.

Las próximas semanas van a estar marcadas por la Asamblea sinodal. Es importante rezar en unión con el Santo Padre y vivir estas semanas con la esperanza propia de los hijos de Dios. Como le gusta recordar al Papa Francisco: «El Espíritu Santo [en Pentecostés] creó una gran diversidad, que parecía un gran desorden. Sin embargo, el mismo Espíritu que da la diversidad de los carismas es el mismo que crea la unidad» (Francisco, *Discurso en el encuentro ecuménico y la oración por la paz*, Bahrein, 4 de noviembre de 2022).

El entusiasmo y la esperanza son componentes de la valentía que cada nueva etapa de un camino requiere. Valentía para identificar proyectos que puedan ampliar el horizonte de la universidad, como las iniciativas de carácter interdisciplinar que han sido seleccionadas en los meses pasados; valentía para tomar decisiones que tendrán repercusiones importantes en el futuro y para las cuales es necesario pensar en el bienestar de quienes vendrán después de nosotros.

Conseguiremos vivir estas dos componentes si nos comprometemos a hacer bien nuestro trabajo, cada uno el suyo. Estudiantes, docentes y personal técnico-administrativo, todos estamos llamados a rezar con nuestro propio trabajo. Es una invitación que se encuentra en el corazón del mensaje que Dios confió a san Josemaría, fundador del Opus Dei e inspirador de esta universidad. Como dejó escrito en *Camino*: «Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo» (*Camino*, n. 359). Esto también es un estímulo para ver el alcance del bien que el trabajo, si se ofrece a Dios, puede tener, no solo para los directamente involucrados, sino para toda la humanidad.

Con el auspicio de que este espíritu nos ayude a mirar el futuro con confianza, declaro inaugurado el curso 2023-2024.

[Volver al índice](#)

Mensajes

Mensaje del 3 de julio

Queridísimos, ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Todavía está fresca en nuestra memoria y en nuestro corazón la fiesta de san Josemaría. A él le hemos pedido en estos días que mantenga la Obra siempre joven. Ese es nuestro deseo: cada una y cada uno procuramos encarnar, en nuestra fidelidad diaria, el espíritu que hemos recibido de nuestro fundador y, a la vez, avanzamos todos a una, « *quasi civitas firma*» (Pr 18, 19), mediante la comunión de los santos.

Con ese espíritu de familia unida, en la que cada miembro juega un papel determinante, deseo pedir os que me acompañéis en mis viajes durante los próximos meses: es una alegría encontrarme con hijas e hijos míos en Francia, España, Filipinas, Indonesia, Australia y Nueva Zelanda. Os pido que apoyéis con vuestra oración y vuestro quehacer cotidiano — esas son nuestras armas— los frutos de la labor apostólica que llevan a cabo vuestras hermanas y vuestros hermanos en esos países. A la vez, sabed que, me acerque o me aleje de vosotros geográficamente, siempre me tendréis cerca: rezo con cariño por cada una y por cada uno. Al mismo tiempo, aprovechándome de esa cercanía, me apoyo en vuestra fortaleza.

Sigamos pidiendo con gran confianza al Señor, «*cor unum et anima una*» (Hcb 4, 32), por los frutos del reciente Congreso General Extraordinario. En este período se sucederán las fiestas de la Virgen del Carmen y de la Asunción. Vivámoslo de la mano de nuestra Madre, como